

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUCIGALPA: 15 DE MAYO DE 1963

NUM. 37

Impresiones de estética

XV

EN el verso puro ó en la prosa ténue y honda, la palabra debe ser un canto. En cada vocablo hay un espíritu y un ritmo. De aquí el poder mágico de la música sagrada del estilo. La palabra es, en verdad, una milagrosa armonía; pero más intensa y múltiple que cualquiera otra, toda vez que puede expresar, con sonidos precisos, los más complejos estados de alma.

Oyendo una suave sonata de Beethoven soñáis dulcemente con tristes cosas de amor y de dolor, interpretando, de singular manera, su melodía. Pero por más sinceras que sean vuestras emociones no podríais asegurar que fueran las mismas que, al concebir aquella música, sintiera el divino Ludovico. Las palabras de una frase—tomadas en su sentido absoluto como armonía y como pensamiento—sí os dan la idea de la impresión precisa que sintió el autor al darles vida y espíritu.

Es tan pobre nuestro vocabulario, que á veces—cuando la sutilidad de nuestro sér quiere manifestarse en una forma diáfana, y cristalina—deseáramos inventar palabras y fórmulas profundas que expresaran todo lo que nos hace estremecer, sufrir ó gozar. Porque consideramos entonces como una profanación el tener que usar los vocablos banales y las miserables frases de cliché para decir cosas honradas y puras que han dormido un largo sueño virginal en el fondo de nuestra alma.

El esteta debe amar, sobre todas las cosas, la extraordinaria melodía de las pala-

bras. El debe descifrar el sentido oculto de cada una de ellas y hacerlas vibrar y armonizarlas de tal modo, que una frase sea el molde sagrado de una pena ó de un estremecimiento.

Que en una línea de prosa ó en un verso el alma humana halle una dolorosa palpitation ó una brusca sacudida ó la melancolía de un recuerdo: que cuatro voces unidas por un misterioso enlace, os den la imagen vibrante de algo muerto en vuestro sér ó despierten en él una nueva tristeza ó evoquen una visión de hermosura... . Que la palabra, en fin, tenga un ala; que suene y resuene como un cántico; que vibre en ella un espíritu, y diga, en un sólo ritmo, algo de lo que sentimos y de lo que pensamos.

Que no sea una melodía monocorde, si no una polífona canción, amplia y sonora, derramando sus notas como una cascada de pedrerías fulgurantes.

FROILÁN TURCIOS

Inuocación

Oh Musa, de mis éxtasis testigo
En las oscuras noches desoladas...
Al bañarme en la luz de tus miradas
De la carne el espíritu desligo.

De Grecia hermosa bajo el cielo amigo,
A la sombra de olímpicas arcadas,
Sobre las viejas ruinas olvidadas
Quiero soñar y meditar contigo.

Suelta al aire tu blanca vestidura;
Muestra á mis ojos las radiantes cimas
Y ahuyéntame el rigor de hados adversos.

Transpórtame á región serena y pura;
Dá á mis estrofas las brillantes rimas
Y pon frialdad de mármol en mis versos.

ISMABEL ENRIQUE ARCINIEGAS

Metzengerstein

Pestis eram vivus.—moriens tua mors.

MARTÍN LUTERO.

EL horror y la fatalidad han imperado en todos los siglos. ¿A qué poner una fecha á la historia que voy á referiros? Baste decir que en la época de que hablo conservábase en el centro de Hungría una creencia secreta, aunque bien sentada, sobre las doctrinas de la metempsicosis. No diré nada de ellas en sí, sobre sí son falsas ó probables; pero sí afirmo que una buena parte de nuestra incredulidad proviene—como dice La Bruyère, que atribuye todo nuestra desgracia á esta causa única,—de no poder estar solos. (1) Pero había algunos puntos en la superstición húngara que tendían marcadamente á lo absurdo, pues los húngaros diferían de una manera muy esencial de sus autoridades de Oriente. Así, por ejemplo, el alma, á lo que ellos creían—cito los términos de un sutil é inteligente parisiense,—no reside más que una vez en un cuerpo sensible; de modo que un caballo, un perro y hasta el hombre, no son sino la semejanza ilusoria de esos seres.

Las familias Berlitzing y Metzengerstein habían vivido enemistadas durante varios siglos, y jamás se habían conocido dos casas tan ilustres que se odiaran tan mortalmente. Esta aversión podía tener su origen en las palabras de cierta antigua profecía:—*Una gran familia caerá de un modo terrible cuando, así como el caballero en su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfará de la inmortalidad de Berlitzing.*

A decir verdad, los términos tenían poco ó ningún sentido; pero causas más vulgares han dado nacimiento, y esto sin remontarnos mucho á consecuencias igualmente preñadas de acontecimientos.

(1) Mercier, en su *Año dos mil cuatrocientos cuarenta*, sostiene seriamente las doctrinas de la metempsicosis; y J. de Israeli dice: *que no hay sistema tan sencillo ni que repugne menos á la inteligencia.* El coronel Ethean Allen, posa también por ser un metempsicosista muy formal.—E. P.

Además, las dos casas, que eran vecinas, habían rivalizado, por su influencia, largo tiempo en los asuntos de un gobierno tumultuoso; y por otra parte, vecinos tan próximos rara vez son amigos: desde lo alto de sus sólidos terrados, los habitantes del castillo de Berlitzing podían ver muy bien las ventanas mismas del palacio de Metzengerstein. En fin, la ostentación de una magnificencia más que feudal era poco propia para mitigar los sentimientos irritables de los Berlitzing, no tan antiguos y menos ricos. ¿Hav motivo, pues, para extrañar que los términos de aquella predicción, aunque muy extravagantes, crearan y mantuvieran la discordia entre dos familias ya predispuestas á la hostilidad por todas las instigaciones de una envidia hereditaria? La profecía parecía implicar, si algo implicaba, el triunfo de la casa más poderosa y naturalmente, esto preocupaba á la más débil, acrecentando su animosidad.

Wilhelm, conde de Berlitzing, aunque de antigua nobleza, no era en la época de que hablo más que un viejo achacososo, y no tenía nada notable, como no fuese su antipatía inveterada y loca contra la familia de su rival; distinguíase, además, por su afición á los caballos y á la caza, de la cual no le retraían ni sus achaques físicos, ni su avanzada edad, ni la debilidad de su espíritu, tanto que diariamente se exponía á los peligros de semejante ejercicio.

Federico, barón de Metzengerstein, no era todavía mayor de edad: su padre, el ministro G.....había muerto joven; y su madre, María, no tardó en seguirle á la tumba. Federico contaba en aquella época diez y ocho años, que en la ciudad no son un largo período; pero en una soledad tan magnífica como aquel antiguo señorio, el péndulo vibra con más profunda y significativa solemnidad.

A causa de ciertas circunstancias, resultantes de la administración de su padre, el joven barón entró en posesión de sus vastos dominios, apenas murió aquél. Rara vez se había visto un noble de Hungría poseedor de semejante patrimonio; sus castillos eran innumerables, pero el de Metzengerstein se consideraba como el más vasto y magnífico; la línea fron-

teriza de sus dominios no se había determinado nunca claramente; pero el parque principal abarcaba un circuito de cincuenta millas.

Tratándose de un propietario tan joven, de carácter tan bien conocido, y de tan incomparable riqueza, no era necesario hacer muchas conjeturas sobre cuál sería probablemente su línea de conducta; y en efecto, á los tres días, el proceder del heredero dejó muy atrás la nombradía de Herodes, excediendo por mucho á las esperanzas de los más entusiastas admiradores. Vergonzosas orgías, flagrantes infamias y atrocidades sin nombre, hicieron comprender muy pronto á sus atemorizados vasallos que nada, ni la sumisión servil por su parte, ni los escrúpulos de conciencia por la del castellano, serían para ellos, en lo futuro, garantía de seguridad contra las crueldades de aquel pequeño Calígula. Hacia la media noche del cuarto día, observóse que se había prendido fuego en las cuadras del castillo de Berlitzing, y la opinión pública estuvo unánime en agregar un crímen más á la lista, ya horrible, de los delitos y atrocidades del barón.

En cuanto al joven caballero, durante el tumulto ocasionado por aquel accidente, hallábase sumido, al parecer, en profunda meditación en una vasta cámara solitaria del piso superior del palacio de familia de los Metzengerstein. Los tapices ricos, aunque gastados, que pendían melancólicamente de las paredes, representaban las figuras fantásticas y majestuosas de mil antecesores ilustres; en uno veíanse prelados vistiendo ricos trajes de armiño; grandes dignatarios estaban reunidos con el autócrata y el soberano, y oponían su *veto* á los caprichos de un rey, ó contaban con el *fiat* del poderío papal el cetro rebelde del Gran Enemigo, príncipe de las tinieblas. En otro se representaban las sombrías y grandes figuras de los príncipes de Metzengerstein, con su robustos caballos de guerra, que caracoleaban sobre los enemigos caídos; y más allá veíanse voluptuosas y blancas como cisnes, las imágenes de las damas de antiguas épocas, flotando á lo lejos en fantástica danza, en medio de una melodía imaginaria.

Pero mientras el barón prestaba oído ó aparentaba escuchar el estrépito creciente de las cuadras de Berlitzing, meditando tal vez alguna nueva crueldad ó un rasgo de audacia, sus ojos se fijaron maquinalmente en la imagen de un caballo enorme, de color extraño, representado en el tapiz como perteneciente á un antecesor sarraceno de la familia de su rival. El cuadrúpedo estaba en primer término, inmóvil como una estatua, y un poco más allá, el jinete desmontado moría bajo el puñal de un Metzengerstein.

En los labios de Federico surgió una expresión diabólica, como si echase de ver la dirección que su mirada había tomado involuntariamente; pero no apartó la vista. Muy lejos de ello, no podía haber motivo para que experimentase la ansiedad que al parecer le sobrecogió, envolviéndole como con un paño mortuario; érale difícil conciliar sus sensaciones incoherentes como las de los sueños con la certidumbre de estar despierto; cuanto más contemplaba, más absorbente era el encanto, y más imposible le parecía arrancar su mirada de aquel tapiz fascinador. Sin embargo, el tumulto que se oía fuera era cada vez más ruidoso; el barón hizo un esfuerzo como á pesar suyo, y fijó su atención en una luz rojiza proyectada desde las cuadras que ardían sobre las ventanas de la habitación.

Pero este movimiento sólo fué momentáneo, pues las miradas del heredero volvieron á fijarse maquinalmente en el tapiz. Con grande asombro suyo observó entonces—¡cosa horrible!—que la cabeza del gigantesco corcel había cambiado de posición; el cuello del animal, antes inclinado compasivamente hacia el cuerpo de su jinete, estaba ahora tendido rígidamente y en toda su longitud hacia el barón; los ojos, un momento antes invisibles, tenían una expresión enérgica y humana, con un brillo rojizo extraordinario; y los labios caídos dejaban ver sus grandes dientes repugnantes.

Poseído de terror, el joven barón se acercó á la puerta con paso vacilante; al abrirla, un resplandor rojizo, iluminando á lo lejos la sala, reflejóse en la tapicería; y como el heredero vacilara un instante en el umbral, se estremeció al ver que

aquel reflejo tomaba la posición exacta y llenaba precisamente el contorno del implacable y triunfante matador del Berlitzing sarraceno.

Para aliviar su espíritu atemorizado, el barón Federico salió rápidamente para respirar el aire. En la puerta principal del palacio halló tres de sus escuderos, que con mucha dificultad y gran peligro de su vida, refrenaban los botes convulsivos de un caballo gigantesco, de color de fuego.

—¿De quién es ese caballo? ¿Dónde le habéis encontrado?—preguntó el barón con acento de enojo, reconociendo al punto que el misterioso corcel de la tapicería era, en un todo, semejante al furioso animal que estaba viendo.

—Es vuestro, señor—replicó uno de los escuderos—ó por lo menos nadie le ha reclamado. Le hemos cogido cuando se escapaba, humeante y cubierto de espuma, de las cuadras abrazadas del castillo de Berlitzing. Suponiendo que pertenecería á alguna yeguada del anciano conde, le hemos traído aquí; pero los criados no reconocen el animal, lo cual es muy extraño, puesto que lleva señales evidentes del fuego, como prueba de haber escapado de éste.

—Además—añadió otro escudero—las letras W. V. B. están marcadas en la frente con mucha claridad; yo supuse que eran las iniciales de Wilhelm von Berlitzing; pero toda la gente del castillo afirma positivamente no conocer el caballo.

—¡Es muy singular!—dijo el barón con aire pensativo, sin fijarse, al parecer, en el sentido de sus palabras.—En efecto, es un caballo notable, prodigioso, aunque, como decís muy bien, sombrío é intratable. ¡Vamos! quede para mí, consiento en ello—añadió el barón después de una pausa;—tal vez un jinete como Federico de Metzengerstein podrá domar al diablo mismo de las cuadras de Berlitzing.

—Os engañáis, monseñor; el caballo, como hemos dicho, no pertenece á las cuadras del conde; si hubiese sido así, conocemos demasiado bien nuestro deber para haberle conducido á presencia de una noble persona de vuestra familia.

—Es verdad—repuso el barón secamente.

En aquel momento llegó un paje del palacio apresuradamente y dijo á su señor, en voz baja, que había desaparecido un tapiz de la habitación que designó; después extendióse en detalles minuciosos; pero como lo decía todo casi al oído de su señor, los escuderos no pudieron satisfacer su curiosidad excitada.

Durante esta conversación, el joven Federico parecía agitado por diversas emociones; pero muy pronto recobró su sangre fría, y pintóse en su semblante una expresión de malignidad al dar órdenes para que se condenase al punto la citada cámara y se le entregaran las llaves.

—¿Habéis sabido la deplorable muerte de Berlitzing, el viejo cazador?—preguntó al barón uno de sus vasallos cuando se hubo alejado el paje; mientras que el enorme corcel, adoptado por el heredero, se precipitaba, saltando con redoblada furia, por la avenida que conducía desde el palacio á las cuadras de Metzengerstein.

—No—contestó el barón, volviéndose bruscamente hacia el que hablaba.—¿Dices que ha muerto?

—Es la pura verdad, señor, y presumo que no os desagradará mucho la noticia.

Una sonrisa entreabrió los labios del barón.

—¿Cómo ha muerto?—preguntó.

—En sus imprudentes esfuerzos para salvar la parte preferida de su equipo de caza, ha perecido miserablemente entre las llamas.

—¿Ver... d... de... ramente ha sido así?—exclamó el barón delectando, y como impresionado por algún sentimiento misterioso.

—Así es—repuso el vasallo.

—¡Eso es horrible!—dijo el joven con mucha calma y volviendo tranquilamente al palacio.

A partir de aquella época, observóse un notable cambio en la conducta del joven libertino, el barón Federico von Metzengerstein, conducta que burlaba todas las esperanzas y daba al traste con las intrigas de más de una madre. Sus costumbres y manera de obrar difirieron, cada vez más, de las de la aristocracia de los alrededores. No se le veía nunca fuera de los límites de su propio domi-

nio, y en el mundo sociable no se le conocía compañero alguno, á menos de que se considerase que el enorme caballo impetuoso, de color de fuego, que montaba siempre desde aquella época, tenía en realidad algún derecho misterioso al título de amigo.

Sin embargo, el barón recibía periódicamente invitaciones de sus vecinos para asistir á alguna fiesta, á una cacería, á un baile ó á otra reunión cualquiera; pero limitábase á contestar lacónicamente: "Metzengerstein no irá."

Una nobleza imperiosa no podía soportar estos repetidos desaires; las invitaciones comenzaron á ser menos cordiales y frecuentes, y al fin cesaron del todo. Habíase oído decir á la viuda del desgraciado conde de Berlitzing, que su más ardiente deseo era "que el barón se quedase en casa cuando no deseara estar en ella, puesto que despreciaba la compañía de sus iguales; y que se viera á caballo cuando no quisiera montar, puesto que prefería á sus semejantes la sociedad de un cuadrúpedo." Esto no era seguramente más que la simple explosión de un pique hereditario, y probaba que nuestras palabras llegan á ser singularmente absurdas cuando queremos darles una forma extraordinariamente enérgica.

Las personas caritativas, sin embargo, atribuían el cambio de conducta del joven caballero al pesar natural de un hijo privado prematuramente de sus padres; pero olvidando sin duda su inicuo proceder durante los días que siguieron á la irreparable pérdida. Hubo algunos que supusieron en el barón un sentimiento exagerado de su importancia y de su dignidad, mientras que otros (y entre ellos tal vez el médico de la familia), hablaban siempre de una melancolía morbosa, de un mal hereditario; pero entre la multitud hacíanse insinuaciones más tenebrosas, de carácter equívoco.

A decir verdad, el perverso cariño del barón al caballo recientemente adquirido, cariño que parecía tomar más incremento cuando el animal manifestaba sus feroces y diabólicas inclinaciones, llegó á ser, á los ojos de todas las personas razonables, una ternura horrible, contraria á la naturaleza. En medio del día, en las horas

silenciosas de la noche, enfermo ó sano, en la calma ó en la tempestad, el barón de Metzengerstein parecía clavado en la silla del caballo colosal, cuyo carácter intratable se avenía tan bien con el suyo.

Habían, además, circunstancias que, relacionadas con los recientes acontecimientos, comunicaban un carácter sobrenatural y monstruoso á la manía del caballero y á las capacidades del animal. El espacio que franqueaba de un sólo salto, medido cuidadosamente, resultaba exceder de una manera asombrosa á los cálculos más exagerados. El barón, por otra parte, no había puesto ningún nombre particular al cuadrúpedo, aunque todos los demás tenían el suyo; y aquel caballo tenía su cuadra particular, separada de las otras. Sólo su amo le cuidaba, porque nadie se atrevía á tocarle, ni siquiera á entrar en el sitio en donde estaba. Algunas pruebas de inteligencia particular en la conducta de un noble corcel, lleno de ardimiento, no bastarían seguramente para llamar la atención de un modo exagerado; pero ciertas circunstancias hubieran hecho impresión en los espíritus más escépticos y flemáticos; y decíase que algunas veces el animal había hecho retroceder de espanto á la multitud curiosa ante la singular significación de su marca, añadiéndose que el joven Metzengerstein había palidecido ante la mirada del ojo casi humano del caballo.

Entre toda la servidumbre del barón no se contaba un sólo individuo que dudara del afecto extraordinario que inspiraban al joven heredero las brillantes cualidades de su corcel, exceptuándose, sin embargo, un insignificante pafecillo muy feo y antipático, de cuya opinión no se hacía aprecio. Tenía el descaro de asegurar que su amo no montaba nunca sin experimentar un inexplicable y casi imperceptible estremecimiento, y que al volver de sus largos y acostumbrados paseos, observábase en las facciones del heredero una expresión de triunfante malignidad.

Durante una noche de borrasca, Metzengerstein, despertando de un profundo sueño, bajó como un sonámbulo de su habitación, y montando apresuradamente

á caballo, precipitóse á través del laberinto del bosque.

Un acontecimiento tan habitual no podía llamar particularmente la atención; pero esperóse la vuelta del barón con mucha ansiedad. A las pocas horas de ausencia, las magníficas construcciones del palacio de Metzengerstein comenzaron á crujir y á retemblar hasta en sus cimientos, bajo la acción de un fuego devorador é irresistible; y como cuando se vieron las llamas, los progresos del elemento devorador hubieran hecho inútiles todos los esfuerzos para salvar una parte cualquiera de los edificios, la población de las inmediaciones contemplaba perezosamente, con silencioso asombro, sino apatía, aquella triste escena. Pero un objeto terrible llamó muy pronto la atención de la multitud, demostrando hasta qué punto es más intenso el interés excitado por una agonía humana que por el más espantoso espectáculo de la materia inanimada.

En la larga avenida de añosas encinas que comenzaba en el bosque, terminando en la entrada principal del palacio Metzengerstein, un corcel, cuyo jinete llevaba la cabeza descubierta y el traje en desorden, saltaba con una violencia sólo comparable con el Demonio de la Tempestad misma.

El caballero no podía evidentemente reprimir aquella desenfrenada carrera; la expresión angustiada de su rostro, los esfuerzos convulsivos de todo su sér, daban testimonio de aquella lucha sobrehumana; pero de los labios del jinete, lacerados á fuerza de oprimirse sólo, se escapaba un grito ronco. Un momento después, el choque de los cascos resonó con un ruido agudo y penetrante que dominó el estrépito del incendio y el mugido del viento; después, franqueando de un sólo bote la gran puerta y el foso, el corcel se lanzó en las escaleras abrazadas del palacio, desapareciendo con su jinete entre un torbellino de llamas.

Entonces se calmó de repente la furia de la tempestad y volvió á reinar una calma serena. Una llama blanca envolvía siempre el edificio como un sudario, y prolongándose á lo lejos en la atmósfera tranquila, proyectaba una luz de brillo

sobrenatural; mientras que una nube de humo, en forma de un gigantesco caballo, descendía pesadamente sobre los edificios.

RODARDO POE

La Venus de Milo

Sobre tu mármol de hermosura rara,
¡oh reina del amor, tres veces santo!
¡Izo el cincel con la belleza-un manto
y de tu cuerpo lo tendió en el ara.

Nunca en tu noble y floreciente cara
cayó una gota de caliente llanto,
y te hace fuerte de divino encanto
la luz que viertes como risa clara.

¡Oh, Virgen del amor, Madre clemente!
Fuera tu templo el Parthenón riente
lleno de fervorosos peregrinos.

Y en el altar del regio santuario,
tu pecho fuera el místico sagrario,
y tus senos los cálices divinos.

SALVADOR RUEDA

Insomnio

Tú eres un lirio místico, que has
abierto tu corola en mi alma.

Porque la has llenado de santos aromas.

Porque tu blancura la ha hecho irradiar.

Porque tu pureza la ha iluminado con
las tres estrellas blancas de tus pétalos,
la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Bendito seas, oh lirio místico que has
abierto en mi alma tu corola!

Tú eres la luz del ideal escondida en
el cielo de mi vida.

Porque has desgarrado las sombras de
ese cielo, llenándolo con tu claridad, pla-
centera y suave.

Porque has formado con chispas de vir-
tud y de pasión tu vía-láctea.

Porque has fundido en tu llama la cas-
tidad y el amor.

Porque tu beso luminoso ha hecho flo-
recer mi pensamiento.

Bendita, bendita seas ¡oh luz ideal que
brillas en el cielo de mi vida!

Tú eres el ángel que vela á las puertas
de mi corazón.

Porque tu espada no es de fuego, sino
de amor.

Porque tus alas nevadas como la Eucaristía, se tienden sobre él con cariñosa protección.

Porque las has agitado en mi conciencia, haciendo crear en ella algo del plumón sagrado que las forma.

Porque el evangelio que tú enseñas santifica y eleva.

Porque el rosario de tus oraciones está formado con lágrimas que la piedad hace brillar como diamantes.

Bendito, bendito seas ¡oh ángel, custodio de mi corazón!

Lirio! Luz! Ángel!

Eres puro, eres brillante, eres alado!

Yo quiero tus pétalos para coronar mi espíritu.

Yo quiero tu fuego para transfigurarme.

Yo quiero tus alas para remontar el vuelo.

Y en la región del ideal á que aspiro, ¡oh lirio! ¡oh luz! ¡oh ángel! si lo primero, seré el rocío de tu corola; si lo segundo, seré la irradiación de tu llama; si lo último, seré tu corazón.

JERÓNIMO J. REINA

Minuetto

Que los recite en público quien pueda: yo te diré mis versos en secreto, y en un ritmo que invite el de la seda que cruje cuando bailas el minuetto.

Te hablaré del artista de Sajonia, hábil modelador de porcelana, que copió la graciosa ceremonia con que acabas el solo de pavana.

Te diré que Boucher, por tu apostura refinada, exquisita y elegante, hubiera dado la mejor figura de aquella corte fácil y galante.

Y, si quieres, seré protagonista de una farsa de amor, pero en la farsa he de ser el primero, soy artista que no acepta papeles de comparsa.

FRANCISCO A. DE ICAZA

La cabra del señor Seguín

(Al señor Pedro Gringoire, poeta, en París)

SIEMPRE serás el mismo, mi pobre Gringoire!

¡Con que te ofrecen plaza de cronista en un buen periódico de París, y tienes la frescura de no aceptar! . ¡Mírate á tí mismo, infeliz mancebo! Mira ese jubón lleno de sietes, esas calzas derrotadas, ese fiaco rostro, pregón del hambre. ¡He ahí á donde te ha conducido la pasión por las bellas rimas! He ahí lo que te han proporcionado diez años de leales servicios entre los pajes del señor Apolo. . ¿No te da ya vergüenza?

¡Hazte cronista, imbécil! ¡Hazte cronista!

Ganarás buevos escudos contantes y sonantes, de mogollón, tendrás tu cubierto en casa de Brévant, y podrás pavonearte los días de estreno con una pluma nueva en el birrete. . .

¿No? ¿No quieres?... Pretendes permanecer libre á tu antojo hasta el final. . . Pues bien; oye un poco la historia de *La Cabra del señor Seguín*. Verás lo que se ganà queriendo vivir libre.

El señor Seguín jamás había tenido suerte con sus cabras. Todas las perdía del mismo modo. Una mañanita, cuando menos lo esperaba, rompían la sogá, escapábanse al monte, y allá arriba se las comía el lobo. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, nada las contenía. Parece ser que eran cabras independientes, que anhelaban á toda costa el aire libre y la libertad.

El bueno del señor Seguín, que no comprendía una jota del carácter de sus animales, estaba afigidísimo, y decía:

—Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, no conservaré ni una sola.

Sin embargo, no se desalentó; y después de haber perdido de idéntica manera seis cabras, compró la séptima, sólo que esta vez tuvo el cuidado de que fuese muy joven, para que se acostumbrara mejor á permanecer en casa.

¡Ah Gringoire, qué linda era la cabrita del señor Seguín! ¡Qué linda, con sus dulces ojos, su perilla de sarjento, sus cascos negros y relucientes, sus cuernos estriados y sus largos pelos blancos que parecía un gabán! Era casi tan hechicera como la cabrita de Esmeralda (¿te acuerdas Gringoire?); y además, dócil, zalamera, y se dejaba ordeñar sin menearse,

sin meter la pata en la escudilla. ¡Una monada de cabrita!...

El señor Seguin tenía detrás de su casa un cercado de espinas. En él puso á su nueva huésped. En medio de la praderita clavó una estaca, cuidó de que tuviese cuerda larga, y de vez en cuando iba á ver si estaba bien. La cabra era muy feliz; y rumiaba la hierba con tan buena gana, que el señor Seguin estaba extático.

—¡Gracias á Dios—pensó el pobre hombre—que á la postre hay una que no se aburrirá en mi casa!

El señor Seguin se engañaba: su cabra se hastió.

Cierto día, díjose ésta mirando al monte:

—¡Qué bien se debe de estar allá arriba! ¡Ay qué gusto triscar entre malezas, sin esta maldita sogá que me despelleja el cuello!... ¡Quédese para el asno ó para el buey eso de pastar en un cercado!... Á las cabras nos hace falta mucho espacio.

A partir de este momento, parecióle insípida la hierba del cercado. Le entró tedio. Enflaquecía y se iba quedando sin gota de leche. Daba lástima verla todo el santo día tirar de la sogá, con la cabeza vuelta hacia el monte, abriendo los agujeros de la nariz, y balando con tristeza ¡Bée!

El señor Seguin advirtió que á su cabra le pasaba algo, pero no sabía qué. . . Una mañana, al concluir de ordeñarla, volvióse la cabra, y le dijo en su dialecto:

—Oiga usted, señor Seguin, me aburro en su casa; déjeme usted ir al monte.

—¡Ah, Dios mío! . . . ¡También ella!—gritó estupefacto el señor Seguin, y de la impresión cayósele la escudilla. Luego, sentándose en la hierba junto á su cabra, la dijo:

—¡Cómo es eso, blanquita! ¿Conque me quieres abandonar?

Y respondió:

—Sí, señor Seguin.

—Pero ¿te falta aquí la hierba?

—¡Oh, no, señor Seguin!

—¡Quizá te habré atado corto! ¿Quieres que te dé sogá larga?

—No vale la pena, señor Seguin.

—Entonces, ¿qué te falta, qué quieres?

—Quiero ir al monte.

—¿No sabes, infeliz, que en el monte está el lobo? . . . ¿Qué harás cuando se te presente?

—Le daré de cornadas, señor Seguin.

—¡Valiente cosa le importan tus cuernos al lobo! Arrímales con mejores astas que tú se los ha comido. ¿Sabes lo que pasó á la pobre Renata, una señora cabra vieja que estaba aquí el año atrás, fuerte y astuta como un lobo? Se las tuvo tiesas con el lobo toda la noche. . . y después, á la madrugada, el lobo se la comió.

—¡Caramba, pobre Renata! Eso no importa, señor Seguin; déjeme usted ir al monte.

—¡Bondad divina!—exclamó el señor Seguin.—¿Pero qué les pasa á mis cabras? Otra más que el lobo me va á comer. . . Pues bien, ¡no. . . te salvaré á despecho tuyo, bribona! Y para que no rompas la cuerda voy á encerrarte en el establo y no saldrás nunca de allí.

En seguida el señor Seguin llevó la cabra á un establo muy oscuro y cerró la puerta de él con dos vueltas de llave.

Por desgracia, se había olvidado de la ventana, y, apenas volvió la espalda, marchóse de allí la pequeña. . .

¿Te ríes, Gringoire? ¡Pardiez! Ya lo creo; eres del partido de las cabras, en contra de ese buen señor Seguin. . . Vamos á ver si pronto te ríes.

Cuando la cabra blanca llegó al monte, aquello fué un entusiasmo general. Los añosos pinabetes no habían visto nunca nada más bonito. La recibieron como á una reina. Los castaños bajaban hasta el suelo sus copas para acariciarla con las puntas del ramaje. Las áureas retamas entreabríanse á su paso y exhalaban todo el mejor aroma que podían. El monte entero la festejó.

¡Figúrate, Gringoire, si estaría contenta nuestra cabra! No más cuerda, no más estaca. . . nada que la impidiese triscar y pacer á su antojo. . . ¡Allí sí que había hierba! ¡Hasta por encima de los cuernos, querido! . . . ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, dentellada, constituida por mil plantas. . . ¡Qué diferencia del césped del cercado! Pues, ¿y las flores? . . . ¡Grandes campanillas azules, digitales purpúreas de largos cálices, todo un bos-

que de flores silvestres llenas de jugos bien olientes y que se subían á la cabeza!

La cabra blanca, medio borracha, revolcábase allá dentro patas al aire y rodaba á lo largo de las escarpas, revuelta con las hojas y las castañas caídas. . . Luego, de un salto, se ponía en cuatro pies de repente; y cáatela disparada de cabeza, á través de brezos y chaparros, ya en lo alto de un picacho, ya en el fondo de una torrentera, arriba, abajo, por todas partes. . . Hubiérase dicho que en la montaña había diez cabras del señor Seguin.

Y es que á nada tenía miedo la cabrita.

Pasaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban de húmedo polvo y espuma. Entonces, chorreando toda, iba á tumbarse á la larga sobre una roca plana y poníase á secarse al sol. Una vez, avanzó hasta el borde de una meseta, con una flor de citiso entre los dientes, vió abajo, allá abajo, en el llano, la casa del señor Seguin con el cercado de atrás. Esto la hizo reír hasta llorar.

—¡Qué pequeño es todo eso!—dijo—¿Cómo he podido haber allí dentro?

¡Pobrecilla! Al verse encaramada tan en alto, creíase por lo menos tan grande como el mundo. . .

En resumen: aquel fué un gran día para la cabra del señor Seguin. A la mitad de él, mientras corría á diestro y siniestro, vino á dar con una manada de gamos dispuestos á mascar con buen diente. Nuestra pequeña andariega de traje blanco, produjo gran impresión. Diéronla el mejor sitio en el pasto, y todos aquellos señores estuvieron muy galantes. . . Hasta pareció ser (quédese esto entre nosotros, Gringoire) que un joven gamo de pelo negro tuvo la buena suerte de agradarle. Ambos novios se perdieron una ó dos horas en el bosque; y si quieres saber de lo que trataron, anda y pregúntaselo á los parleros arroyos que corren invisibles por entre el musgo.

De pronto refrescó el viento. La montaña se puso de color de violeta: venía la noche.

—¡Ya!—dijo la cabrita; y se detuvo muy pasmada.

Abajo, la campiña estaba envuelta en brumas. El cercado del señor Seguin

desaparecía entre la niebla, y ya no se veía más que la techumbre de la casita, con un poco de humo. Oyó las esquilas de un rebaño que iba á recogerse en el redil, y sintió profunda tristeza en su alma. . . Un pajarraco la rozó con las alas al pasar. Extremeciósela ella. . . luego oyó un aullido en el monte.

—¡Guan, guan!

Pensó en el lobo. La loquilla no había pensado en ello en todo el día. . . En el mismo momento sonó muy lejos, en el valle, una trompa. Era que el bueno del señor Seguin intentaba el último esfuerzo.

—¡Guau, guau! . . .—decía el lobo.

—¡Vuélvete, vuélvete! . . .—gritaba la trompa.

Ganas le dieron de volverse; mas, al recordar la estaca, la soga, el seto vivo del cercado, pensó que ahora ya no podría acostumbrarse á aquella vida, y que más valía quedarse en el monte.

Ya no sonaba la trompa. . .

La cabra oyó tras de sí un ruido de hoj. Volvió la cabeza y vió entre las sombras dos orejas cortas y tiesas, con dos ojos relucientes. . . . Era el lobo.

Enorme, inmóvil, sentado sobre el cuarto trasero, estaba allí mirando á la cabrita blanca y saboreándola de antemano. Como sabía bien que se la comería, el lobo no se apresuraba. Solamente cuando ella se volvió, rióse él con sarcasmo.

—¡Já, já! ¡Ah cabrita del señor Seguin!

Y se pasó la gruesa y roja lengua por sus labios suaves como la yesca.

Comprendió ella que estaba perdida. Al recordar un momento la historia de la vieja Renata, que se había bati-do toda la noche para ser devorada por la mañana, díjose que quizá fuese mejor dejarse devorar en seguida.

Luego, cambiando de parecer, se puso en guardia, con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una cabra valiente que era la del señor Seguin. Y no por que tuviese esperanza de matar al lobo (las cabras no matan á los lobos), sino sólo por ver si podría resistir tanto tiempo como la Renata. . . Entonces avanzó el monstruo, y los cuernecillos entraron en danza.

¡Ah valerosa cabrita; con qué bríos acometía! Más de diez veces (no miento Gringoire) obligó al lobo á retroceder para tomar aliento. Durante esas treguas de un minuto, la golozueta cogía á escape otra brizna de sus caras hierbas; después tornaba al combate, llena la boca. . . Aquello duró toda la noche. De vez en cuando, la cabra del señor Seguin miraba danzar las estrellas en el claro cielo, y decía para sí:

—¡Oh! ¡Con tal de que resista hasta el alba! . . .

Apagáronse las estrellas una tras otra. Ella redobló las cornadas, y el lobo los mordiscos. Un resplandor pálido apareció en el horizonte. . . Desde un cortijo subió el cántico de un gallo enronquecido.

—¡Al fin!—exclamó el pobre cuadrúpedo, que sólo el día esperaba para morir. Y tendióse en el suelo, con su hermosa piel blanca, toda manchada de sangre. . .

Entonces el lobo arrojóse encima de la cabrita y se la comió.

¡Adiós, Gringoire!

La historia que has oído no es un cuento de mi invención. Si alguna vez vienes á Provenza, nuestros caseros te hablarán á menudo de *la cabra del señor Seguin, que se batió toda la noche con el lobo, y al cabo, por la mañana, el lobo se la comió.*

ALFONSO DAUDET

El Muerto

Como un prolongamiento de agonía
En la áspera llanura dilatada,
Con espasmos de víbora irritada,
: : carretera ruda se extendía.

Y muerto sobre el polvo de la v
Manchando su blancura inmaculada,
Sobre la vieja tierra ensangrentada,
Un veterano trágico dormía.

Muerto, y de cara á la impasible altura,
Destacaba su lívida figura
Como en un silencioso desafío;

Y en tanto que las sombras vacilaban,
En sus ojos sin vida se copiaban
Los errabundos astros del vacío!

AUGUSTO C. COELLO

El país del silencio

HUÉRFANO y soltero, vivía con mi hermana, una adorable niña de quince años, que era el deleite de mi corazón, el sol de mi casa. La amaba fuera de toda comparación. Y ¿cómo no amar ese delicioso sér, turbulento y hermoso, espiritual y tierno, estusiasta y generoso, que con la risa asomada siempre á sus labios, vibraba á todo lo bello, á todo lo grande? En esa frágil envoltura de riente niña, se sentía latir un alma ardiente, profunda y libre. Esas eclosiones del heroísmo nacional no son raras entre nosotros. En el silencio sofocante que pesa sobre nuestro país, en la inmensa sospecha policial que lo encierra, el genio elige á veces para abrigarse, para disimular su nidada, el inolvidable asilo que debe ser en el corazón de un niño ó de una niña. Mi hermana era verdaderamente una de esas elegidas. Sólo una cosa me inquietaba en ella: la extrema franqueza de su palabra y la independencia ruidosa de su espíritu que no sabía callar y ocultar ante nadie, aun ante aquellos en cuya presencia es preciso quedar con la boca bien muda y el alma bien cerrada. Pero me tranquilizaba al pensar que en su edad esos pequeños desvíos son sin consecuencia alguna, á pesar de que, en nuestro país, no hay edad para la justicia y para la desgracia.

Un día, volviendo de Moscou, donde había ido á dar algunas funciones, encontré la casa vacía. Mis dos viejos servidores se lamentaban, sobre un banqueto en la antecámara.

—¿Dónde está mi hermana?—pregunté.

—¡Ay!—dijo uno de ellos, pues el otro no hablaba nunca, ellos han venido..... y la han llevado junto con la nodriza..... Dios tenga piedad de ella!

—Estás loco?—grité—¿ó has bebido demasiado?..... ¿ó qué?..... ¿Sabes siquiera lo que dices?..... Vamos, dime, ¿dónde está mi hermana?

El viejo levantó hacia el techo su triste rostro barbudo:

—Te lo he dicho—murmuró. Ellos han venido..... y la han llevado..... el diablo sabe á dónde!

Creí que me iba á desmayar por el dolor. Sin embargo, tuve la fuerza de asirme de una puerta, y violentamente articulé:

—¿Pero por qué? ... Veamos ¿por qué? ... ¿Ellos han dicho algo? ... ¿No la han llevado sin motivo? ... ¿Han dicho por qué?...

Y el viejo, habiendo sacudido la cabeza, replicó:

—No han dicho nada... .. nunca dicen nada..... Vienen, como demonios, no se sabe de dónde..... Y después, cuando se han marchado, no hay más que golpearse la cabeza contra las paredes y llorar....

—¿Pero ella?—insistí—¿ella?... .. ¿Han dicho algo? Vamos..... ¿ha protestado? ... Los ha amenazado de mí, del emperador, que es mi amigo?..... Ha dicho algo? ..

—¿Qué quiere que haya dicho, esa querida alma?... .. ¿Y qué habría podido decir?

....Ha juntado sus pequeñas manos, como ante las santas Imágenes..... Y he ahí todo..... Ahora, tú y nosotros dos, para quienes ella era como la vida... .. no nos queda otro recurso sino llorar, mientras vivamos..... Porque no se vuelve nunca de donde ella ha ido..... Benditos s Dios y nuestro padre el Czar!

Comprendí que no obtendría otros datos de esos resignados y fieles brutos corriendo á informarme. Fui mandado de una administración á otra, de unas á otras oficinas, de unas á otras ventanillas, y en todas partes tropecé con rostros mudos, con almas encerradas, con ojos cerrados como puertas de cárcel. No se sabía..... no se sabía nada..... no podía decirse nada..... Algunos me aconsejaban hablar muy bajo, ó no hablar nada, á volver á mi casa alegremente..... En mi desesperación pensé solicitar una audiencia del emperador..... El era bueno, él me amaba. Me echaría á sus pies, imploraría su clemencia.. Y además ¿quién sabe?... .. Esa sombría justicia cumplida en su nombre, la ignoraba quizás, la ignoraba seguramente.

Algunos oficiales, amigos míos, á quienes pedí consejo, me hicieron desistir vivamente de mi idea.

—No hay que hablar de eso..... no hay que hablar de eso..... Ello ocurre á todo

el mundo. Nosotros también, tenemos hermanas, amigas que están allá..... No hay que hablar de eso....

Con el fin de distraerme de mi dolor, me invitaban á cenar, por la noche..... Nos embriagaríamos con champagne, echaríamos mozos de restaurant por las ... Desnudaríamos mujeres....

—Venid, pues. .. mi querido, venid, pues.....

Buenos amigos!....

Sólo dos días después pude hablar con el director de la policía. Le conocía mucho. A menudo, me hacía el honor de visitarme, en el teatro, en mi camarín. Era un hombre encantador, cuyas maneras afables y conversación espiritual admiraba yo. A mis primeras palabras:

—Chitón!—me dijo con un tono contrariado..... no penséis más en eso..... Hay cosas en que no se puede, en que no se debe nunca pensar.

Y, bruscamente, me pidió una multitud de detalles íntimos respecto á una cantante francesa, aclamada la víspera, en la ópera, y que él encontraba muy bonita.

En fin, ocho días después de esos terribles acontecimientos—un siglo, os aseguro... .. un siglo de angustias, de mortales sufrimientos, de inexpresables torturas en que pensé volverme loco;—el teatro daba una función de gala. El emperador me hizo llamar por un oficial de su séquito. Estaba como de costumbre, estaba como siempre, grave y un poco triste, con una majestad un poco cansada, con una benevolencia un poco helada. No sé por qué, de ver así á ese coloso—fuese respeto, miedo, la noción precisa, en fin, de su tremendo poder—me fué imposible articular una palabra, una sola palabra, esa sencilla palabra de *gracia!* que un instante antes llenaba mi pecho de esperanza se entremecía en mi garganta, quemaba mis labios. Estaba verdaderamente paralizado, y como vacío, y como muerto...

—Mis felicitaciones, señor..... Me dijo..... habéis desempeñado vuestro papel esta noche, como M. Guitry....

Después de esto, habiéndome tendido la mano para besarla, me despidió graciosamente.

Termino..... ya es tiempo y esos recuerdos me devoran el corazón..... Dos años pasaron. No sabía nunca nada; no había podido aprender nada de ese horroroso misterio que me había, de repente, llevado lo que más quería en el mundo. Cada vez que interrogaba á un funcionario, no obtenía otra cosa que ese *¡chilón!* verdaderamente terrorífico, con que, en el mismo momento del acontecimiento, en todas partes, se habían acogido mis súplicas, las más apremiantes. Todas las influencias que hice poner en campaña no sirvieron sino para hacer más pesadas mis angustias, y más espesas las tinieblas por donde se había tan trágicamente desmoronado la vida de la pobre y adorable niña que yo lloraba. Debéis pensar si tenía el corazón en el teatro, en mis papeles, en esa existencia emocionante á la cual me apasionaba tanto antes. Pero no pensé un instante, por penosa que fuese, en dejarla... Gracias á mi profesión, estaba en relaciones cotidianas con importantes personajes del Imperio á quienes quizás algún día podría interesar útilmente en mi horrorosa desgracia. Y me encarnicé por causa de esperanzas posibles, lejanas, de las cuales, por su intermedio, entreveía la luz turbia y confusa. En cuanto al emperador, me conservaba la misma benevolencia glacial. El también sufría visiblemente de un mal desconocido, con un admirable valor silencioso. Al examinar sus ojos lo sentía... ah! sentía fraternalmente que él no sabía, que no sabía nada, él tampoco, que estaba triste de toda la tristeza infinita de su pueblo, y que la muerte venía, inclinaba poco á poco, hacia la tierra, sus poderosos hombros de imperial y melancólico gigante. Y una inmensa piedad subía desde mi corazón hacia el suyo..... Entonces ¿por qué no me atreví á lanzar el grito que tal vez hubiese salvado á mi hermana?..... ¿Por qué?... Ay! no lo sé.

Después de días y de noches de indecibles sufrimientos no pude así y decidílo á arriesgar el todo por el todo, me fui á ver al director de la poli-

—Escuchad, declararé firmemente ... no vengo á traer os inútiles palabras. .. no os pido el perdón de mi hermana, no

os pregunto siquiera dónde está ... Quiero saber solamente si vive ó si ha muerto....

El director tuvo un ademán de hastío.

—¿Todavía?... dijo..... Y para qué pensar siempre en eso, mi querido?... No sois muy razonable, en verdad..... os dáis mucho mal inútilmente..... Vamos.... todo eso está ya lejos..... Haced como si hubiera muerto.....

—Es precisamente lo que quiero saber insistí..... Esa duda me mata.... ¿Ha muerto ó vive aún?... Decídmelo....

—Sois sorprendente, mi querido... Pero no sé nada... ¿Cómo queréis que lo sepa?...

—Informáos... .. Después de todo, es mi derecho....

—¿Lo queréis?

—Sí, sí, sí, lo quiero—grité....

—Pues bien, sea!..... me informaré, os lo prometo....

Y añadió indolentemente, jugando con un lapicero de oro:

—Solamente os aconsejo, para el porvenir, concebir de vuestros derechos, mi querido, una idea un poco menos familiar.....

Seis meses después de esa conversación, una noche, en el teatro, en mi camarín, mientras me vestía para entrar en escena, un hombre de la policía me entregó un sobre lacrado..... Lo rompí febrilmente. No llevaba fecha, ni firma, y contenía estas palabras trazadas con lápiz rojo: "Vuestra hermana existe; pero tiene todos sus cabellos blancos."

Ví las paredes del camarín y las luces, y el espejo, girar, girar y desaparecer..... y me desplomé, como una masa inerte, sobre la alfombra.

OCTAVIO MIRBEAU

El señor de la Isla

En un hermoso Valenciano
de la Isla
que hay en el Sud, nos dijo la leyenda
un rano cillo pescadores
á la luz del hogar, bajo su tienda:

En la Isla dorada,
on e rano moa rts mo
v rd

1 1 1 t

donde, al canto de límpida corriente,
brillan las gemas de color suave,
hubo un extrañío morador: un ave!

De pies en la ribera,
su pico de marfil descogollaba
la más alta palmera;
cuando sus alas, rojas
como sangriento caracol de Tyro,
turbaban el murmullo de las hojas
al rebolar en el ambiente puro,
lentas, pesadas, flojas,
asemejaban nubarrón obscuro.

De día siempre oculta
bajo las ramas, al caer la tarde
posábase del mar en las orillas,
dónde mezclaba el viento,
del ave rara el flautado acento
y el olor de las algas amarillas.
Sacando la cabeza, los delfines
amadores del canto
llegaban de los últimos confines
en constelado coro,
y al golpe musical de sus aletas
cruzaban por el piélagos saetas,
chispas doradas y plumajes de oro.

Así vivió los siglos. Indiscreto
el ojo de la humana criatura
no la midió, violando la espesura
el náufrago, tan sólo,
que de sus autros lóbregos Eolo
arrojó sin piedad, tal vez la oyera
cantando en la ribera
al morir de una tarde silenciosa....

Cuando por vez primera
llevó su leño un ágil navegante
á la Isla distante,
se puso el ave á contemplar á solas
lo triste de la estela
en las intactas olas
dónde flotaba la dormida vela,
y subiéndose al ápice de un monte
vió por última vez el horizonte
de su playa querida,
de su Isla desierta,
y, las alas enormes desplegadas,
con grandes voces de dolor ahogadas
llenó la inmensidad y cayó muerta....

ESTEFAN GEORGE

La Mentirosa

CUENTO DE LA RIVIERA

NUNCA supe como se llamaba, ni lo que hacía, ni de dónde venía. Sólo adiviné, tras unos ojos raros, diabólicos, el alambicamiento de mil mentiras y la con-facción inicua de mil pretextos. Sus ojos tenían luces de poseída y ternuras de apasionada. No se podía decir de qué

color eran; indiferentes en la mañana, cuando contemplaba la larga avenida vecina del mar, sus ojos eran claros, de un azul de acero; cuando se entusiasmaba en sus dudosas narraciones brillaban en un fuego azul, una llama de infierno, una llama de espíritu de alcohol; y en los momentos amorosos se oscurecían profundamente cobrando negras nubes, como presentimiento de huracán.

Sus ojos eran como su vida: difícil de definirlos. Conocía á todo el mundo, hablaba todos los idiomas. De Sestri Levante á Monte Carlo era familiar y admirada. En los carnavales de Niza se presentaba en una carroza como una concha, y envuelta en las espumas de los encajes, parecía una Venus manejando con una sola mano enguantada la cuadriga admirable de blancos corceles. En San Remo, en un concierto de caridad, hizo llorar, susurrando con toda una pasión desconocida, la plegaria de "Elizabeth" en "Tannhauser", desapareciendo en medio de una lluvia de flores para presentarse como virtuosa y ejecutar al piano todo un concierto de Dvorak.

Alta, muy alta, con una cabeza pequeña de rizos oscuros sobre un cuello largo, como un pétalo de lirio y una gracia inocente en la curva de su cuerpo, cual una figura de Bernardino Luino.

Unos la creían artista del teatro Imperial de Berlín, otros aseguraban que era una princesa veneciana, descendiente de un Dux, pues en todos los objetos de su chatelaine, repujados en oro, estaba burilada la corona heráldica, y todos, esa turba de viciosos que cae en la "riviera" como un ejército de aventureros, la asediaban, se disputaban el honor de un vals ó el favor inmenso de prestarle algunos miles de francos que ella perdía serenamente en el rojo y negro.

Para todos tenía la sonrisa y la frase, jugaba con las palabras como un profesor de "argot;" silbaba enérgicamente "you are faltering me" á las corteses declaraciones de un rubio "earl;" á las atrevidas insinuaciones de un príncipe siciliano, le contestaba: "Non possiamo cominciare cosi presto, caro signor;" y al bouquet de violetas rojas de Parma que un magnate ruso le presentaba, murmuraba entornan-

do los ojos: "blagodar in va, vy ocegn lubezny!"

Hace tanto tiempo que sus facciones se esfuminaban en las sombras de aquella cámara, donde, con sus manos entre las mías, daba libertad á su imaginación calenturienta, narrándome episodios diversos, hechos acaecidos en el mismo día y en bien lejanos países, de los cuales era ella siempre la heroína. Me dijo que era húngara, viuda de un príncipe ruso, el cual había muerto en un duelo contra un general de cosacos, y desde entónces corría el mundo en busca de un corazón y de un cuerpo fuerte.

Tuvimos un mes de poema en las rocas de Rapallo, cabalgamos por toda la costa azul y siempre su cuerpo esbelto y grácil lo adornaban ramos de orquídeas, esas flores que parecen seres.

Una mañana se presentó muy agitada con un pliego de papel. "Parto en el expreso que va á San Petersburgo. He sido llamada por mi esposo!"

Y partió balanceando su cabecita de ave, cabecita alocada, de imaginación calenturienta y aventurera.

Recibí una cartulina ilustrada—una fina acuarela de Manuel Wieland—desde Varsovia, y otra—una agua-fuerte del artista hebreo Matías Powpiewsky—de la ciudad imperial, y nada más en un año.

Hoy, lleno de tristeza, leo un telegrama de Budapest narrando la prisión de una célebre aventurera veneciana que, poseedora de una belleza régia, de una voz adorable, de cuatro ó cinco idiomas europeos, y en complicidad de un tenor italiano, habían estafado grandes sumas á varios personajes—cuyos nombres omitíen pero que figuraban en los Almanagues de Gotha. Todos los mínimos detalles y la corona heráldica, los ramos de orquídeas—que identificaban á la soñadora princesa de mis amores!

Y pienso en aquellos momentos pasados, cuando, con sus manos entre las mías, intercalando frases de todas las lenguas, me contaba fabulosas quimeras, episodios inverosímiles, de los cuales ella, rubia y delgada como una figura de Bernardino Luino, era siempre la heroína.....

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

La misa de las sombras

Me aquí lo que el sacristán de la iglesia de Santa Eulalia, en Neuville d'Aumond, me refirió una hermosa noche de verano, bebiéndose bajo el emparrado del *Caballo Blanco* una botella de vino á la salud, de un muerto, á quien había pomposamente enterrado aquella mañana, cubierto su ataúd con un paño negro, tachonado de grandes lágrimas de plata.

Mi difunto padre—habla el sacristán—fué sepulturero. Tenía el genio alegre; lo cual es, indudablemente, efecto de su profesión; pues se ha observado que cuantos trabajan en los cementerios son de jovial humor. No les asusta la idea de la muerte, ni piensan jamás en ella. Yo mismo, señor, entro en el camposanto de noche con la misma tranquilidad que aquí; y si por casualidad me tropiezo con el alma del otro mundo, no me inquieto por ello, considerando que muy bien puede ir sus asuntos, como yo á los míos. Conozco al dedillo las costumbres de los muertos, y su carácter. Sé, respecto á ese punto, que los mismos muertos, si se les pregunta, y si contase todo lo que he visto, quedaríais asombrado. Pero no todas las verdades pueden fácilmente decirse; y mi padre, gran aficionado á narrar historias, no reveló, seguramente, la verdadera parte de lo que es. En desquite, solía repetir con frecuencia los mismos relatos, y conto cien veces, como sepa, la aventura de Catalina Fontaine.

"Catalina Fontaine era una solterona, a quien él recordaba haber visto siendo niño. No tardaría que hubiese aún en el país hasta tres ancianos que recuerden también haber oído hablar de Catalina, pues era muy conocida y bien reputada, aunque pobre. Habitaba al final de la calle de las Monjas, en la torrecilla que podéis todavía ver, y que pertenece a un antiguo palacio medio arruinado que está enfrente del jardín de las Ursulinas. Hay en la torrecilla varias figuras é inscripciones medio borradas por el tiempo. El difunto párroco de Santa Eulalia, Mr. Levasur, afirmaba que una de éstas dice en latín: que *la vida es más fuerte que la muerte*." "Lo cual debe entenderse—añadía—del amor divino."

"Catalina Fontaine vivía sola en aquella casita. Era encajera. Ya sabéis que los encajes de por aquí eran antiguamente famosos. No se le conocían ni parientes ni ami-

gos. Decíase que á la edad de dieciocho años había amado al joven caballero de Aumont-Cléry, con quien se llegó á desposar en secreto; pero las personas de bien no creían una palabra de todo ello, y decían que eso era un cuento ideado porque Catalina Fontaine tenía más trazas de dama que de obrera; porque debajo de sus cabellos blancos yacían los restos de una belleza de primer orden; porque andaba triste de continuo, y porque llevaba en el dedo del corazón uno de esos anillos en que el artifice ha puesto dos manos enlazadas, y que los prometidos cambiaban entre sí en el acto del desposorio. Ahora sabrás lo que había de verdad en todo ello.

“Catalina Fontaine vivía santamente. Frequentaba mucho las iglesias, y en todo tiempo oía la misa de seis en Santa Eulalia.

Pues señor... En cierta noche de Diciembre, cuando reposaba tranquilamente en su alcoba, fué súbitamente despertada por el toque de las campanas. No dudando que la llamaban á la misa de alba, la piadosa mujer se vistió apresuradamente, y bajó á la calle, donde tan obscura era la noche, que no se veía ni las casas, ni se vislumbraba la menor claridad en el sombrío cielo. Ni el más leve rumor turbaba el silencio de aquellas tinieblas, y sentíase uno allí separado de toda criatura viviente. Pero Catalina Fontaine, que conocía cada una de las piedras en que sentaba el pie, y que hubiese podido ir á la iglesia con los ojos vendados, llegó sin dificultad hasta la encrucijada de las calles de la Parroquia y de las Monjas. U v z allí, vió que las puertas de la iglesia estaban de par en par abiertas, y que salía por ellas un vivísimo resplandor de cirios. Siguió adelante y, al franquear el pórtico, se encontró en medio de una asamblea tan numerosa, que materialmente llenaba el templo. No reconoció á ninguno de los presentes, y sorprendiale ver á todas aquellas gentes vestidas de terciopelo y de brocado, con plumas en el sombrero y ciñendo la espada al uso de los antiguos tiempos. Había allí buen número de señores que se apoyaban en largos bastones con puño de oro, y muchas damas que ostentaban cofias de encaje, prendidas con un peñecillo en forma de diadema. Caballeros de San Luis daban la mano á aquellas damas que recataban detrás del abanico el pintado rostro, del cual no se veía más que la sien empolvada y una mosca en el lagrimal. To-

dos se dirigían á su puesto sin hacer el más leve ruido, sin que se percibiera el rumor de sus pasos sobre las losas, ni el rozamiento de las faldas. En las naves laterales del templo multitud de jóvenes artesanos que vestían chaqueta oscura, pantalones de bombasí y medias azules, cogían por el talle á otras tantas muchachas muy lindas y sonrosadas que bajaban pudorosamente la vista. Junto á las pilas del agua bendita, sentábanse en el suelo, con la tranquilidad de los animales domésticos, las aldeanas de zagalejo encarnado y apretado corpiño, mientras sus novios, con el traje de los días de fiesta, permanecían de pie detrás de ellas, haciendo girar entre las manos el flamante sombrero. Todas aquellas fisonomías silenciosas parecían eternizadas en el mismo pensamiento, dulce y triste. Arrodiada en su lugar acostumbrado, Catalina Fontaine vió adelantarse hacia el altar al oficiante, precedido por los diáconos. No reconoció tampoco á ninguno de ellos. Dió principio la misa, muda ceremonia, en la que ni se oía el murmullo de los labios que oraban, ni el tintineo de la campanilla vagamente agitada. Catalina Fontaine sentíase bajo la influencia y las miradas de su misterioso vecino, y habiéndole examinado sin volver casi la cabeza, le reconoció por el joven caballero de Aumont-Cléry, que la había amado, y muerto hacía cuarenta y cinco años. Y le reconoció por una señal imperceptible que tenía por debajo de la oreja izquierda y, especialmente, por la sombra que sus largas pestañas negras proyectaban sobre sus mejillas. Vestía el mismísimo traje de caza, rojo, con galones de oro, que llevaba el día aquel en que, habiéndola encontrado en el bosque de San Leonardo, pidiérale agua primeramente y después un beso. Conservaba aún su juventud y su bella apostura. Todavía mostraba al sonreír sus dientes de lobezno. Catalina le interpeló en voz baja:

—Monseñor, que fuisteis mi amigo y á quien di en otros tiempos lo que una joven guarda en mayor estima, ¡Dios os tenga en su santa gloria! Quiera El inspirarme, por fin, que me arrepienta del pecado que cometí con vos, porque lo cierto es que, con los cabellos blancos y próxima á morir, no me pesa aún de haberos amado. Pero, amigo mío difunto, mi hermoso señor, decidme: ¿quiénes son estas personas vestidas á la usanza antigua que oyen aquí esta misa silenciosa?

El caballero de Aumont-Cléry respondióle con una voz más débil que un suspiro y, sin embargo, más clara que el cristal:

—Catalina, estos hombres y estas mujeres son ánimas del purgatorio que ofendieron á Dios, pecando como nosotros, por amor á las criaturas; pero que no han sido, á pesar de ello, rechazadas por el Señor, puesto que su pecado fué, como el nuestro, sin malicia.

“Mientras, separadas de los que amaron en la tierra, se purifican en el fuego lustral del purgatorio, sufren los males de la ausencia, y este padecer es para ellas el más cruel de todos. Tan desgraciadas son, que un ángel del cielo se ha compadecido de sus penas de amor y, con la venia de Dios, reúne todos los años, durante una hora de la noche, al amigo y la amiga en su propia iglesia parroquial, en donde se les permite oír la misa de las sombras cogidos de la mano. Tal es la verdad; y si hoy me es dado verte aquí, Catalina, antes de tu muerte, cosa es que no se habrá realizado sin conocimiento del Señor.

A esto repuso Catalina Fontaine:

—¡Ay! Querría morir para volverme hermosa, como en los días, mi difunto señor y dueño, en que te daba de beber en el bosque.

“Mientras hablaban así en voz baja, un canónigo muy viejecito hacía la colecta, presentando á los circunstantes una gran bandeja de cobre, sobre la cual dejaban ellos caer monedas antiguas que ya no circulaban hacía muchos años: escudos de seis libras, ducados, florines, jacobos, nobles... Y las piezas caían en silencio. Cuando le ofrecieron la bandeja, el caballero arrojó en ella un luis que, al igual de las otras monedas de oro y de plata, no produjo el menor ruido.

“Después se paró el anciano canónigo ante Catalina Fontaine, la cual púsose á rebuscar en su faltriquera, sin encontrar un sólo ochavo. Entonces, no queriendo negar su ofrenda, se quitó el anillo que le había dado el caballero la víspera de su muerte, y lo arrojó en el plato de cobre.

El anillo de oro sonó al caer como el badajo de una campana; y al ruido retumbante que hizo, el caballero de Aumont-Cléry, el canónigo, el celebrante, los diáconos, las damas, los caballeros, la reunión entera, se desvaneció como por ensalmo; apagáronse los cirios, y quedó Catalina Fontaine absolutamente sola en las tinieblas.

Al concluir de esta manera su relato, el cristán se echó al colete un buen trago de vino, quedóse pensativo un instante, y luego prosiguió en estos términos:

— Os he referido esa historia tal y como mi padre me la contó muchísimas veces, y la creo verídica, puesto que está de acuerdo con todo lo observado por mí, respecto á los hábitos y aficiones particulares de los muertos. Los he tratado mucho desde mi niñez, y sé que tienen por costumbre volver á sus amores.

“Por esta razón, los difuntos avaros suelen vagar de noche alrededor de los tesoros que escondieron en vida. Al vigilar atentamente en defensa de sus caudales, el trabajo que se dan, lejos de aprovecharles, tórnase en daño de ellos, y así no es raro descubrir el dinero oculto bajo tierra, removiendo la del paraje frecuentado por un fantasma.

“De igual suerte, los maridos difuntos vienen á atormentar, durante la noche, á sus mujeres casadas en segundas nupcias, y podría citaros muchos que han guardado mejor á su esposa después de muertos, que lo hicieron en vida. Y eso no está bien, porque en recta justicia, los difuntos no deben ser celosos. Pero, en fin, yo os refiero lo que he tenido ocasión de observar. Conviene, pues, andar con cuidado al casarse con una viuda.

“Aparte de eso, la historia que os he relatado, se confirmó del siguiente modo:

“En la mañana que sucedió á aquella noche extraordinaria, Catalina Fontaine fué encontrada muerta en su habitación; y el pertiguero de Santa Eulalia halló en la bandeja de cobre que servía para las colectas, un anillo de oro con dos manos entrelazadas.

“Por lo demás, yo no soy hombre capaz de inventar cuentos que hagan rer... ¡Si pudiéramos otra botellita de vino!...

ANATOLE FRANCE

Canción remota

Bajo la luminosa pedrería
del impenetrable ciclo de verano
con la nostalgia de un amor lejano
sentí el anhelo de la muerte fría.

Ella dijo su leve melodía
en mi desierto corazón arcano
y la tenue caricia de su mano
me embriagó de dolor y poesía.

Fué en una noche cálida de junio,
—al fulgor de un dorado plenilunio—
que escuché la canción de la Sirena.

Ni amé su ritmo, ni turbó mi calma;
pero en las horas tristes, en mi alma
su melodía fúnebre resuena.

FROILÁN TURCIOS